fuerzos, pudo con el auxilio de un remo llegar á una peña contigua á la tierra firme.

Los berberiscos que habian corrido á la playa, se apoderaron de él, le despojaron enteramente, y le maltrataron. Arrojáronse en seguida al agua, creyendo recoger un rico botin en los restos de la tartana: el criado de la señorita de Bourk, hizo seña á dos berberiscos que se aproximasen, y cuando estuvieron cerca, se la arrojó con todas sus fuerzas. Cogiéndola los berberiscos, el uno por la mano y el otro por el pie, la condujeron á la playa, donde le quitaron solamente un zapato y una media, en señal de su servidumbre. La señorita de Bourk viendo venir á los kabilas, dijo á su criado: «No temo que esas gentes me maten, pero si que me obliguen á cambiar de religion; sin embargo, sufriré la muerte antes que faltar á lo que he prometido á Dios.»

Una doncella de Mad. de Bourk, y otro de sus criados se arrojaron al mar cada uno por su lado. Los berberiscos acudieron á su socorro y los ayudaron á llegar á tierra; pero apenas pusieron el pie en ella, fueron despojados. El mayordomo, que fué el último que se echó al agua, y que sirviéndose de una cuerda, iba pasando de peñasco en peñasco, fué alcanzado por un berberisco que tambien le despojó antes de ponerlo en la orilla.

En este triste y lamentable estado, fueron conducidos hasta las cabañas de la primera montaña, donde los berberiscos se repartieron á los náufragos como botin de guerra: la camarera y el criado fueron entregados á un berberisco del aduar; y el abate, el mayordomo y la señorita de Bourk tocaron á otro kabila.

Al cabo de algunos dias, el dey de Constantina, ciudad de la regencia de Argel, y capital de la provincia de Levante, escribió á los berberiscos reclamando á los náufragos, amenazándoles que si no accedian, se pondria él mismo á la cabeza de sus tropas para arrancarlos de su poder. Los berberiscos con-

Un criado tenia á la señorita de Bourk en sus brazos....

testaron que no temian ni á él ni á sus tropas, aun cuando viniesen juntas con las de Argel. Conviene advertir que los berberiscos no reconocian el gobierno de Argel, pues aunque enclavados en el reino, y naturalmente del número de sus súbditos, vivian independientes bajo el nombre de kabilas. Las montañas de Couco les servian de murallas inaccesibles á todas las fuerzas de Argel.

En la primera ocasion que se le presentó escribió la señorita de Bourk al cónsul de Francia en Argel, quien inmediatamente participó la noticia á Mr. Dusault. Este mandó aparejar una tartana francesa que estaba en el puerto, hizo comprar vestidos y provisiones, y consiguió del dey una carta de recomendacion para el gran morabito de Bugía, que ejerce mucha autoridad sobre aquellos pueblos. Tambien escribió á la señorita de Bourk y la envió algunos regalos. En la tarde de aquel mismo dia, 24 de noviembre, la tartana se dió á la vela y en poco tiempo llegó á Bugía.

Alli Ibrahim-Agá, intérprete de la nacion, presentó las cartas del dey de Argel y las de Mr. Dusault al gran morabito. Este, aunque enfermo se levantó al punto, montó á caballo con el morabito de Gigeri, el intérprete, seis ó siete moros, y tomó el camino de las montañas que están á cinco ó seis jornadas de Bugía. Los berberiscos que guardaban á los cautivos opusieron al principio grande resistencia para entregarlos; pero mediante el rescate de novecientas piastras, accedieron, si bien declarando, que su condescendencia procedia mas bien de la veneracion que profesaban á sus morabitos que de temor que tuviesen al dey de Argel.

El morabito y los esclavos tomaron el camino de Bugía, á donde llegaron el 9 de diciembre. El dia 10 se embarcaron por la tarde en la tartana, que llegó á Argel el 13 al rayar el dia. Desde el momento en que fué descubierta, el capitan de un buque de Mr. Dusault mandó disparar un cañonazo á que contestó la tartana con cuatro de sus pedreros: esta señal anunció

una llegada que se esperaba con impaciencia é inquietud.

Despues de algunos dias concedidos al descanso de los náufragos, se libraron al diputado del gran morabito, las novecientas piastras en que se habia convenido el rescate de la señorita de Bourk y de las personas de su comitiva. Mr. Dusault agregó algunos regalos para el morabito y demas hombres del pais que le habian ayudado en su negociacion.

El 5 de enero de 1720 fué cuando la señorita de Bourk, acompañada de su tio, el abate de Bourk, y de su camarera, se embarcó para Marsella, adonde llegó felizmente el 20 de marzo del mismo año.

XXIV.

AVENTURA DE MADAMA GODIN DE ODONOIS.

En 1735 comisionó el rey de Francia á los académicos Godin de Odonois, Bouger y la Condamine para la medicion de los grados próximos al Ecuador en la América Meridional. En 1749 hallábase Mr. Godin en Quito, provincia del Perú, cuando tuvo que decidirse á partir para Francia donde reclamaban su presencia asuntos importantes de familia. En 1750 llegó á Cayena, pero llegó solo, pues estando su esposa en cinta á la sazon de su partida de Quito, no juzgó prudente esponerla á tan prolongado y penoso viage sin todos los recursos indispensables á su situacion, recursos á que por entonces no podia proveer. En Cayena solicitó pasaporte y recomendacion de la córte de Portugal para subir el Amazona, y regresar con su familia trasladándola por el mismo camino; pero sus instancias fueron inútiles por espacio de mucho tiempo. Por fin, en 1765, al cabo de quince años, llegó á Cayena una galera armada en

Para, de órden del rey de Portugal, destinada á conducirlo á Para, de allí montar el rio hasta el primer establecimiento español, y esperar en él su regreso para conducirlo á Cayena en compañía de su familia, todo por cuenta de S. M. Fidelísima.

Godin de Odonois se ausentó de Cayena en los últimos dias de noviembre de aquel año para dirigirse por su equipage á Oyapak, punto situado sobre el rio del mismo nombre, treinta leguas al Sur de la ciudad de Cayena, donde habia fijado su residencia; pero habiendo caido enfermo y conociendo que su enfermedad se prolongaba demasiado, se vió en el caso de participar al oficial que mandaba la galera podia emprender su marcha siempre que le permitiera comisionar persona encargada de poner algunas cartas en manos de su familia, y de acompañarla. La persona que escogió, correspondió tan mal á su confianza que por su causa no pudo partir la esposa de Odonois de Riobamba, lugar de su residencia, hasta el 1.° de octubre de 1769. La galera esperaba en Tavatinga; pero desde este momento nos serviremos de una carta de Odonois á Condamine para enterar á los lectores de la relacion curiosa é interesante de las desgracias que sufria su esposa. «Mr. de Grand-Maison, padre de mi muger, dice Mr. de Odonois, la habia precedido un mes antes, y habia llegado á Canelos, donde debia embarcarse en rio Bobonasa, que se une al de Partasa para desembocar en el Amazona. Mr. de Grand-Maison se embarcó para continuar su camino, y disponer cuanto su hija pudiera necesitar en la travesía. Como descuidaba acerca de su seguridad, pues habia dispuesto la acompañaran sus dos hermanos, un médico, un negro y tres criadas mulatas ó indias, continuó su camino hasta las misiones portuguesas. En este intervalo, una epidemia de viruelas habia puesto en dispersion á todos los habitantes de Canelos; los que se habian librado de la enfermedad, se retiraron á lo interior de los bosques.

«Mi muger se habia puesto en camino acompañada de treinta indios que la escoltaban y trasladaban su equipage: es-

tos indios, pagados anticipadamente segun la mala costumbre del pais, se retiraron al avistar á Canelos por temor á la peste, ó tal vez por temor tambien á que les obligaran á embarcarse, á ellos que no habian visto si acaso mas que alguna canoa de lejos. ¿Cómo retroceder ante el deseo de llegar á aquel buque dispuesto por órden de dos soberanos á recibirla y trasladarla en brazos de un esposo ausente veinte años? Estas consideraciones eran demasiado poderosas para no decidir á cualquiera á romper por todos los obstáculos.

«No quedaban en la poblacion mas que dos indios que se habian librado del contagio, y para eso no poseian canoa alguna; sin embargo, ofrecieron construir una y conducir á Mad. Odonois hasta la mision de Andoas, doce jornadas rio Bobonasa abajo, distancia que puede apreciarse en ciento cuarenta á ciento cincuenta leguas. Se les satisfizo anticipadamente el premio de su trabajo y partieron todos de Canelos, pero despues de navegar dos dias, y durante el descanso de la segunda noche desaparecieron los indios dejándolos sin otro arbitrio que continuar la navegacion sin guia. El primer dia se pasó sin accidente particular; al segundo divisaron una canoa amarrada á un recodo que formaba el rio, próximo al que habia una cabaña de salvages. De ella salió un indio, que aunque en estado convaleciente, consintió en acompañarlos haciendo de timonero; pero al tercer dia habiendo caido al agua el sombrero del médico se empeñó en cogerlo, cayó al agua tambien y se ahogó. La canoa dirigida por personas que no tenian la mas leve nocion de su maniobra no podia caminar largo tiempo, comenzó á hacer agua y fué menester saltar á tierra y construirse una habitacion.

«A pesar de todo, los viageros distaban solamente cinco ó seis jornadas de Andoas, y en esta persuasion se ofreció el médico á ir en busca de auxilios, lo que verificó en compañia de otro francés que dependia de él y del fiel negro de Mad. Odonois que puso á sus órdenes. Al ponerse en camino prometie-

ron su regreso para despues de quince dias, pero en vano aguardaron hasta veinte y cinco. No siendo dable continuar mas tiempo en aquella situacion, construyeron una balsa, en la que se embarcaron con sus equipages; pero esta balsa tan mal conducida como la canoa, chocó contra un tronco sumergido y volcó. Todos cayeron al agua, pero gracias á la poca anchura del rio se salvaron todos. A Mad. Odonois la salvaron sus hermanos, sin embargo de haberse sumergido por dos veces.

«Los viageros reducidos á una situacion mas triste aun que la primera decidieron seguir á pie la orilla del rio. ¡Loca empresa! Bien sabeis, amigo mio, que aquellas orillas están obstruidas de yerbas, de malezas y arbustos, entre los que no se puede dar un paso sino con la hoz en la mano, y perdiendo mucho tiempo. Regresaron á su anterior estacion, se proveyeron de los víveres que habian dejado y se pusieron en camino. Conociendo que las sinuosidades de la orilla del rio prolongaban demasiado su camino se internaron en los bosques por evitarlas, lo que les ocasionó estraviarse á los pocos dias. Fatigados de marchar por entre la espesura de arboledas penosas hasta para aquellos que están acostumbrados; heridos en los pies á causa de las espinas y guijarros, sin víveres, abrumados de sed, sin mas recursos que algunos frutos silvestres y poseidos de desaliento, comenzaron á desmayar, á carecer de fuerzas y á sucumbir dejándose caer al suelo para no levantarse mas; en el espacio de tres ó cuatro dias espiraron unos despues de otros todos los que rodeaban á Mad. Odonois.

Al lado de sus hermanos y de los otros cadáveres, permaneció tendida Mad. Odonois en un estado de aturdimiento, de delirio y enagenacion que no la dejaba libre otro sentimiento que el tormento de la sed. Por último, la Providencia, que sin duda habia resuelto conservarla, la infundió ánimo y fuerza para arrastrarse en busca de algun recurso; hallábase descalza y casi desnuda; un mal jubon y una camisa en harapos cu-

brian sus miembros; descalzó á sus hermanos y ató las suelas á sus pies.

«Despues me ha asegurado ella misma que permaneció diez dias en los bosques, de los cuales pasó dos al lado de los cadáveres de sus hermanos esperando su último momento, y los ocho restantes en arrastrarse errante de un lado á otro. El recuerdo del prolongado y horrible espectáculo de que habia sido testigo, el horror de la soledad y de la noche en un desierto, el espectáculo de la muerte patente ante sus ojos, terror que se redoblaba á cada instante, la impresionaron de tal modo que hizo encanecer sus cabellos. El segundo dia de marcha, que debió ser poco considerable, halló agua, y los siguientes algunos frutos salvages y huevos de perdiz. Apenas podia su garganta atravesar cosa alguna, tanto se habia contraido su exófago á causa de la privacion de alimento. Los que la casualidad le habia deparado bastaron para sostenerla, aunque ya sin duda era tiempo de que pareciese el socorro que le estaba reservado.

«Si leyéseis en una novela que una muger delicada, acostumbrada á gozar de todas las comodidades de la vida, se viese precipitada en un rio y que estraida casi ahogada se interna en un bosque donde vaga sin rumbo fijo y camina muchas semanas; que se estravía, padece hambre y sed hasta aniquilarse; que ve espirar sus dos hermanos mas robustos que ella, un sobrino apenas fuera de la edad de la infancia, tres mugeres criadas suyas, un jóven criado del médico que fué en busca de socorros y que sobrevive á esta catástrofe; que permanece dos dias y dos noches al lado de estos cadáveres, en cantones donde abundan los tigres y muchas serpientes dañinas; que se incorpora y camina medio desnuda por espacio de ocho dias hasta que llega á orilla del Babonasa; acusaríais al autor de la novela de llevar su falta de exactitud hasta la estravagancia. Y, sin embargo, todo esto aconteció á Mad. Odonois y los hechos están acreditados en cartas originales de muchos

Vió dos indios que se alejaban en la piragua.

misioneros de Amazona que han tenido conocimiento de este suceso; y estas cartas han estado en mis manos.

«Al octavo ó noveno dia fué cuando Mad. Odonois llegó á orilla del Babonasa á tiempo que comenzaban á disiparse las tinieblas de la noche; sintió ruido á cosa de doscientos pasos de sí, y el primer movimiento de terror la impulsó á ocultarse en la espesura, pero reflexionando que nada podia agravar su desgracia y que nada peor tenia que temer, se aproximó á la orilla desde la que divisó á dos indios que se alejaban en su piragua.

«Los indios vieron á madama Odonois y se encaminaron hácia ella; suplicóles la condujeran hasta Andoas. Aquellos indios, retirados hacia algun tiempo de Canelos con sus mugeres á causa del contagio de las viruelas, venian de una tala que habian emprendido algo lejos de allí, y bajaban á Andoas. Acogieron á mi esposa con interés, la cuidaron y condujeron á aquella poblacion; pero en ella las pocas atenciones de un misionero la determinaron á exigir al punto una canoa con dotacion de gentes, que la pusiera en disposicion de partir para Laguna al dia siguiente.

«En Laguna fué acogida por el doctor Romero, nuevo gefe de misioneros, con toda la afabilidad posible; por espacio de seis semanas que permaneció á su lado, nada omitió de cuanto pudiera contribuir á restablecer su alterada salud y á distraer su ánimo del recuerdo de sus desgracias. Sus atenciones llegaron al estremo de tripular una canoa en que pudiera trasladarse á bordo de la embarcacion portuguesa, que como es sabido, la esperaba hacia mucho tiempo. El comandante portugués, que tuvo anticipado aviso de la llegada de mi muger, mandó á esperarla una piragua surtida de todo género de provisiones. Esta pequeña embarcacion encontró á Mad. Odonois en la casa española de Loreto. Mi esposa me ha referido despues mil veces, que desde este momento hasta Oyapak, donde se me reunió, es decir, durante una travesía de mil le-

guas, disfrutó de las mas esquisitas atenciones y comodidades.

«En tanto que madama Odonois vagaba por los bosques. navegaba su fiel negro por el rio en su busca, acompañado de algunos indios de Andoas. Llegado al sitio en que la habia dejado, siguió sus huellas hasta dar con los cadáveres de sus señoritos, infectos ya y completamente desfigurados. Cuando los hubo examinado, se persuadió de que ninguno se habia salvado y regresó á Andoas. En cuanto al médico, asi que se vió en Andoas á cubierto del peligro, olvidó el que corrian sus compañeros de viage y partió para Omagras, sin hacer nada por cumplir el sagrado deber que se habia impuesto.»

XXV.

ISLAS VITI.—MUERTE DEL CAPITAN BUREAU.—DESTRUCCION DEL PUEBLO DE PIVA.

En setiembre de 1836, durante la escala que Mr. Dumont d'Urville hizo en Taiti para pedir esplicaciones á la reina Pomaré de los malos tratamientos ejercidos contra dos misioneros franceses, encontró alli al comandante Dupetit Thouars, que habia ido á aquella isla por el mismo motivo. Por este oficial supo las tristes circunstancias de la muerte del capitan Bureau, y como Mr. d'Urville tenia que esplorar las islas Viti, quiso encargarse de la ejecucion de las instrucciones que la fragata Venus habia recibido para aquel objeto.

El 14 de octubre pasó la espedicion á pocas millas de la isla Boulang-Ha, costeando las de Marambo, Kambara, Vanyara, Namouka, Mozé, Komo, Holoroua y Ehioua, que ya habia reconocido Mr. d'Urville en su primer viage á bordo del

Astrolabio. A la caida de la tarde llegó á la isla de Laguemba, la mas importante por su estension y poblacion de todas las que forman la parte Sudeste del archipiélago Viti, para donde llevaba cartas de recomendacion, á fin de que se le proporcionara un hombre del pais que pudiera guiarlo por aquel archipiélago peligro. Mr. d'Urville satisfizo su deseo mas cumplidamente de lo que esperaba, puesto que se ofreció á hacer este servicio con la mejor voluntad del mundo uno de los gefes de la isla, llamado Latchika, que llevó tambien consigo un criado, cuyo nombre era Latou. Logrado este objeto, dióse otra vez á la vela Mr. d'Urville, con direccion á Piva, donde, segun los informes de Latchika, fué apresado el bergantin Josefina y asesinado el capitan Bureau. El dia 15 ancló Mr. d'Urville á la vista de Vidi-Lebou y á dos millas solamente de la isla Piva, donde mandaba el gefe Nakalassé, autor del apresamiento del bergantin Josefina y del asesinato de su tripulacion.

Alli supo con toda exactitud los pormenores de este trágico suceso. He aqui de que modo se los refirieron algunos europeos residentes en Lebouka, pueblo situado en la isla Obalaou, y á muy corta distancia de Piva:

«El bergantin francés la *Josefina*, su capitan Bureau, arribó á mediados del año 1833 á las islas Viti para recibir un cargamento de holoturias y conchas de tortugas.

«Algun tiempo despues de la llegada del capitan francés, Nakalassé, gefe de Piva, deseoso de hacer la guerra á Tanoa, gefe de la isla Pao, pidió al capitan Bureau que le admitiese á bordo de la *Josefina* con sus guerreros, para dirigirse á la isla Sama-Sama, donde Tanoa se habia refugiado, prometiendo al capitan cierta cantidad de conchas, tortugas y de holoturias para pagar el pasage. Mr. Bureau accedió á la peticion de Nakalassé, que se embarcó en la *Josefina* con su tropa, y la espedicion se hizo á la vela.

«Antes de llegar á Sama-Sama, el bergantin *Josefina* hizo

escala en Dateoa, donde Nakalassé y su gente saltaron á tierra, mataron á un habitante, cogieron dos piraguas y se llevaron su botin á bordo del buque; alli asaron al hombre que habian matado, se lo comieron y amarraron las dos piraguas á la popa del bergantin.

«Al llegar á Sama-Sama, la tropa de Nakalassé quiso efectuar su desembarco; pero sufrió tan vigorosa resistencia por parte de los naturales de la isla, que su gefe se vió obligado á embarcarse aceleradamente y volver á Piva. Aqui el capitan Bureau pidió á Nakalassé la recompensa que le habia prometido por su pasage y el de sus guerreros; pero el malvado gefe aplazó el pago de un dia á otro, de suerte que al cabo de un mes de espera, viendo Bureau que habia sido engañado, resolvió alejarse.

«Por aquella época llegó á la isla Lebouka el navío americano *Admiral*, su capitan Eggelsohn; en cuanto lo supo Bureau despachó en una lancha al contramaestre, un marinero americano que servia á su bordo, y seis naturales de Piva, á fin de que fuesen á comprar tela á bordo de aquel navío. Cuando la lancha de la *Josefina* atracó en el costado del navío, uno de los marineros que la tripulaban, llamado David Wippy, suplicó al capitan que escribiese una carta á Mr. Bureau, advirtiéndole que se anduviese con cautela con los naturales de Piva, porque trataban de matarle, para apoderarse del buque; y en fin, que no tolerase á su bordo tantos salvages, pues aunque ya él mismo habia dado este aviso á Mr. Bureau, no habia querido hacer caso de sus consejos.

«El capitan Eggelsohn hizo lo que le dijo Wippy, y entregó su carta al contramaestre de la *Josefina*, quien la dió á su capitan en cuanto llegó á bordo del bergantin; mas apenas la leyó Mr. Bureau, la arrojó con desprecio, prorumpiendo en imprecaciones contra el capitan Eggelsohn. Uno de los marineros americanos recogió la carta, la leyó, participó su contenido á su camarada y, viendo los dos el peligro que corrian á bordo del